

la internalización del control social, y de la consideración de los valores, las elecciones y el control social) así como a una profesión de fe en la utilidad de las ciencias sociales, vuelve a subrayar sus objetivos primordiales en cuanto señala que "los estudiosos acostumbran hablar de sociedad *contra* individuo, de cultura *contra* personalidad, de determinismo *frente* a libertad, y nosotros hemos estado discutiendo —en forma más realista, esperamos— a los individuos en sociedad, la personalidad y la cultura, la elección personal *bajo* ciertas condiciones descubribles, y la decisión pública *al través* de la interacción de las personas y los grupos".

Como puede verse, el libro de Queen, Chambers y Winston a más de texto acabado (contiene al final de cada capítulo proyectos de estudio y referencias selectas) es contribución importante para la comprensión (previa explicación) de la acción humana y, en última instancia, jalón importante para hacer de la historia una verdadera hazaña de la libertad.

HAESAERT, JEAN: *Sociologie Générale*. Editions Erasme, S. A., Bruxelles, París, 1956.

El examen de la obra de Jean Haesaert, profesor de la Universidad de Gante, desconcierta un poco: el índice de materias —mención jerarquizada de temas— habla de propósitos de orden y sistematización (burlados por lo menos en el caso de "La Disergia" a la que correspondería ser el "Libro Cuarto" conforme a las categorías del autor, y que no llega a ser sometida a jerarquización), pero los grandes rubros (Estática, Dinámica, Mecánica), no por acunados por la tradición o derivados de ella dejan de dar la impresión de transplante hecho desde fuera, desde otra dis-

ciplina, y de transplante cuya inadecuación resalta en cuanto la correspondencia analógica se muestra incapacitada para cubrir una de las categorías necesarias (precisamente la que no llegó a constituir el Libro Cuarto) del estudio entendido; hay orden y, en el fondo, quizás, sistema, pero una terminología inadecuada vela la sistematización y, en último término, la pone en peligro. Quizás sea oportuno señalar, al respecto que, si bien el uso de ciertas analogías tomadas de los estudios geológicos (el concepto de estrato, por ejemplo), físicos (el concepto de mecanismo, por ejemplo), biológicos (el concepto de órgano, por ejemplo), médicos (los conceptos de morbo y terapéutica sociales), etc., son válidas instrumentalmente para referirnos a ciertos aspectos de la compleja realidad social (en cuanto el lenguaje tiene siempre ingredientes y orientaciones de extensión analógica y metafórica), su empleo en sectores más amplios obliga a esa misma realidad a meterse en una camisa de fuerza dentro de la que el estudioso no puede realizar esfuerzo alguno en favor de una sistematización válida, sugerida y finalmente impuesta por la progresiva aproximación entre cognoscente y conocido.

Desconcierta el texto de Haesaert porque el proceso analítico que implica toda coordinación y subordinación entre rubros y subrubros hechos lineales con propósito aclaratorios parece poco acordado con un procedimiento de exposición que no fije hasta el máximo, con la mayor precisión delimitativa, en fórmulas tan concretas como sean posibles, los conceptos que constituyen tema central de cada uno de los apartados del libro. Desconcierta, asimismo, porque el tratamiento —que se esperaría destinado a mostrar conexiones entre los hechos, amplias redes móviles con las que captar realidades particulares y concretas—

se queda en el gesto indicativo de ciertos fenómenos y se deleita en la contemplación de las formas variadas con que se presentan en diversos pueblos y regiones de la tierra. Hay algo que pudiera hacer pensar en una actitud de contemplación académica que impidiera la penosa labor, también académica, (de verdadero pescador si hubiésemos de seguir con nuestros símiles) y, sin embargo, Haesaert demuestra, en cuanto ha escrito estas páginas (medio millar de páginas impresas no son fáciles de escribir), así como en cuanto para escribirlas ha debido consultar un número aproximadamente igual de libros y artículos, que es un esforzado trabajador intelectual. De ahí que la impresión general sea de desconcierto. Y, con todo, la aportación de Haesaert no es de desdeñar, pudiendo y debiendo dar envidia —y envidia legítima— a más de uno.

Haesaert se propone dar, en las primeras páginas, algunos conceptos básicos para el estudio de la realidad social; señala en ellas que la realidad histórica es una mezcla de las cosas más diversas: de acontecimientos naturales, de cosas y actividades humanas diversamente dispuestas, dirigidas y ritmadas (concepción afeada por el término "mezcla"), que la historia trata de describir en su totalidad en tanto las ciencias sociales la estudian tomando una de sus manifestaciones particulares que suponen se desarrolla sin accidentes. La Sociología, por su parte, estudia "bajo su aspecto general y constante, las relaciones recíprocas de los hombres puestos en contacto con sus semejantes". En las afirmaciones básicas siguientes hay, seguramente, campo para serias discrepancias ya que, algunas de ellas, más que como acertos científicos deben considerarse como convicciones ideológicas, puesto que, aún cuando en cierto grado compartamos su punto de vista de que "el individuo con

sus necesidades es el elemento fundamental" de la sociedad, dicha afirmación rebasa el campo de la ciencia sociológica, en la misma forma en que el establecimiento de que la sociedad es "fábrica humana destinada a responder a sus necesidades" equivale a superponer una *quaestio jure* a una *quaestio facti* en vista de que las sociedades tanto sirven a los individuos como se sirven de ellos con vistas a alcanzar ciertos fines que éstos no siempre comparten; de otra parte, el hablar de "fábrica" hace pensar en constitución consciente de la sociedad por los individuos, algo que la historia humana no atestigua aunque sí ponga de manifiesto una continua ganancia en cuanto a toma de conciencia de los individuos con respecto a sus acciones conformadoras de la sociedad. En cambio, gustosamente suscribimos las afirmaciones referentes a que hay en los individuos un conjunto de disposiciones elementales semejantes que el medio y el espíritu (quizás también y mejor aún la convivencia) diversifican, que se desarrollan funcionalmente conforme a patrones lógicos, ilógicos y paralógicos y que se fijan en actitudes colectivas.

En un intento de precisión mayor, Haesaert concibe la comunidad como la unión de los hombres al través de relaciones directas e indirectas por y para la satisfacción de sus necesidades, y les adscribe un carácter autárquico no necesariamente de tipo económico. En el examen de las formas originarias de la comunidad, descarta a la horda, concebida como grupo que seguiría las tendencias más elementales de la naturaleza humana según Morgan y Glumpowicz o que constituiría necesidad lógica y no ontológica según Durkheim, en función de testimonios etnológicos; descarta asimismo a la familia, ya que por muy simples que sean sus funciones y división laboral es siempre un fragmento, pues

coexisten las familias dentro de bandas, clanes, etc., concluyendo que la comunidad original es la tribu (comunidad de lengua, *habitat*, costumbres espíritu de cuerpo, creencia en la unión natural o mística). En el conglomerado más o menos anárquico, pronto se establece una autoridad, especialmente en momentos de peligro, la cual se vuelve más tarde permanente y asegura las condiciones normales de existencia de un grupo cuyas funciones colectivas son el ataque y la defensa, el mantenimiento de la paz pública y el culto. En el pueblo, asociación de individuos que viven permanentemente bajo el mismo poder, las tensiones están aliviadas por una especie de semejanza superficial asegurada mediante la adopción de una sola lengua, de un culto, etc. En la nación, el espíritu tribal, la base efectiva, la alegada comunidad de origen, la semejanza debida a la comunidad de vida, defienden la cohesión máxima del grupo sustentada sobre una mentalidad primitiva que le hace defender su original y autonomía.

La comunidad es, según Haesaert, individualidad, límite y organización: individualidad autárquica, límite de hostilidad (siempre presente pero velada o atenuada por la reciprocidad en el trato de embajadores, la explotación que permite en el caso de turistas, la relegación en *ghettos*, *chinatowns* y *little Italies* en el caso de inmigrantes, la asimilación de los extranjeros, la adopción de los prisioneros de guerra) y la organización mediante múltiples actividades. La manifestación física del límite de comunidad, la frontera, es materialización de la repulsión recíproca entre etnias vecinas y engendra formas intensas y específicas de sociabilidad.

La organización de la comunidad comporta la instauración de la paz pública y la integración de los elementos del grupo al través de actividades comu-

nitarias en las que es posible distinguir: las aditivas (cada quien hace su tarea y la de todos constituye la tarea comunal), las colectivas (en las que colaboran todos los individuos en una tarea común) y las asociativas (de persona a persona, de persona a grupo, de grupo a persona, de persona o grupo a comunidad) pudiendo señalarse como ejemplo de las últimamente mencionadas, la paz pública que guía hacia el orden como influjo que siempre obra sobre la conducta de los individuos haciéndolos solidarios.

Las disposiciones de los individuos, diversificadas, desarrolladas y fijadas en ciertos patrones y actitudes constituyen géneros de vida en común o sociotipos, aspectos generales del conjunto de comportamientos, participación en una sinergia común siempre repetida que pone de acuerdo a unos con otros y sirve de coronamiento de la integración grupal. Dichos géneros de vida se configuran gracias a la existencia de ciertos sistemas bajo cuya presión se forman y "aglomeran" (nuevamente la desagradable noción de amontonamiento o mezcla) los demás, representando cada uno, en potencia, el fundamento de una comunidad que podrá llegar a actualizarse en una coyuntura favorable. Entre tales núcleos de comunidad pueden listarse la raza, la religión, la economía, la política, y la lengua en cuanto esta última parece destinada a configurar los grandes bloques latinos, germánico, eslávico, etc.

Haesaert señala la existencia de sociotipos genéricos (pueblos recolectores, cazadores, pastores, agricultores, artesanales e industriales, sociotipos configurados (el feudalismo, el renacimiento, el barroco el capitalismo, como formas de comunidad que en ciertos momentos poseen un tono y magnetismo propios con símbolos e ideas dominantes como el caballero y el santo medioevales, el aventurero renacentista, el capitalista del XIX

o el mecánico del xx) y sociotipos sincrónicos y policrónicos, debiendo indicarse que un sociotipo contiene normalmente anacronismos (así la educación en occidente conserva un fondo gótico que no hace uso suficiente del libro y no utiliza ni el radio ni la televisión). La subsistencia de géneros de vida generalmente abandonados trae a la atención la existencia del folklore, el reconocimiento de que "el derecho y la ética son esencialmente cementerios", etc. El sociotipo, por otra parte cubre una área, mediante irradiación desde su centro, a partir del cual se modifica adaptándose y adquiriendo nuevas modalidades (*facies* del sociotipo: el Renacimiento italiano se adapta a la pequeña burguesía francesa con Erasmo, la *pietas* y la *humanitas*).

Psicológicamente, la comunidad presenta una visión aplanada, pobre y poco variada ya que "lo particular que no se comunica, lo complejo que no se generaliza, lo matizado que escapa a la socialización, lo excepcional que repugna" son otros tantos elementos que dejan de contribuir a dicha visión psicológica de la comunidad. El dinamismo particular intersíquico, tiene además, sus regularidades y ritmos propios: conoce intuitivamente y no por silogismos, recuerda por fábulas y en general no refleja ni el perfil psicológico del hombre en general ni el del hombre promedio pues "los rasgos individuales se trasforman en la combinación" (con lenguaje más apegado mente sociológico, diríamos, en la comunión y la comunicación); es así como pueblos de hombres prácticos y sin imaginación —según certero apuntamiento— a condición de no tener escrúpulos, redondean casi sin saberlo sus dominios y constituyen imperios en los que ni los más ambiciosos osarían soñar.

Las formaciones intersíquicas pueden ser concordantes (basadas en similitud

o paralelismo originales) coordinadas o consolidadas (arregladas en combinaciones precisas). Entre las primeras, se menciona la conciencia que resulta de la que tiene cada uno de pertenecer a un todo, que se despierta en situaciones críticas y que ganada mediante informaciones históricas, geográficas, etc. se pierde en épocas de anarquía en las que no se sabe sino de pertenencia a una familia, a una clase, a una ideología; al lado de ella: movimientos como el *amok* con razones que son pretexto, movimientos de vértigo contrarrestables mediante polémicas, juegos de circo, competencias deportivas; las emociones, cambios bruscos de equilibrio afectivo que se retardan —como necesitadas de precisión y generalización— en la comunidad y que rompen modos ordinarios de sentir y de pensar, y el carácter o modo general de reaccionar del grupo. Formaciones coordinadas que comprenden: los sentimientos sociales, síntesis duradera de una emoción social y un objeto respecto del cual se repite y prolonga (*puñal*, socialidad y patriotismo, bovarismo colectivo); las pasiones que la comunidad resiente bajo el efecto de convicciones emocionales —creencias, ideología— que intoxican hasta el máximo a los propios conductores y que se ejerce mediante la potencia mágica de símbolos y mitos; los recuerdos que en cuanto intelectuales se conservan sin relación con su importancia y en cuanto afectivos nutren las prevenencias y nutren disposiciones y tendencias; la imaginación que de un fondo temático hace nacer la epopeya, la leyenda o la fábula (a partir de ritos, sueños, historias) pero siempre de fuentes originales bien precisas (contra lo que sugiere Gastón Paris); las creencias que compensan las dudas (mediante, por ejemplo, la fe en "los destinos de la Patria", en los peores momentos); la opinión pública, menos sólida siempre

que la individual y matizada de dudas; los instintos (?) entre los que Haesaert considera el imperialismo (político, económico o cultural). Formaciones consolidadas como la religión, la ciencia, y el arte.

Con respecto a la religión como formación consolidada, afirma el autor que "lo divino, centro de convergencia que facilita la devoción no es indispensable al religioso" y en función de su mayor o menor vaguedad clasifica las manifestaciones religiosas en las que tienen un objeto de culto general y vago (dinamismo, heno-teísmo, manismo y panteísmo) las que eligen las cosas y las bestias (diversas latrías, totemismo, naturismo, demonismo, animismo), las antropomórficas (politeísmo, henoteísmo, monoteísmo primitivo y elaborado) y todas las cuales constituyen, como tiene cuidado de advertir el autor, un orden lógico y no histórico. De mayor importancia es el examen que se hace de los actores del fenómeno religioso entre los que se cuentan el inventor (que ha de ser más un inspirado que un teólogo para responder a necesidades de la comunidad), el técnico (ejemplificado por San Pablo en el cristianismo), y el fiel que, frente al fenómeno religioso reacciona en multitud de formas. En un sentido ya grupal, se refiere a las colectividades religiosas con sus diversas modalidades y sus diversos orígenes histórico-sociales. El culto, en cuanto modo de comunicación con las potencias del ultramundo se refleja en una serie de acciones, comportamientos, representaciones apóstrofes o abstenciones que cubren toda la gama de los ritos de preparación de un sujeto a la transformación mística que les haga inofensivos, en los cambios de grupo a grupo trastornadoras del equilibrio, las ofrendas y los sacrificios, los movimientos de danza, totémica, pantomímica o de propiciación, las procesiones, los apóstrofes con sus manifestaciones de ple-

garia y silencio (como manifestación de lo inexpresable) y las abstenciones como el ascetismo y el ayuno. Desgraciadamente, en ésta como en la presentación de la ciencia y el arte como formaciones sociales consolidadas se olvidan frecuentemente los ingredientes más netamente sociales del fenómeno: esas acciones recíprocas entre los hombres de que se habló en las primeras páginas.

En el aspecto estructural se indica la forma en que las actividades de los individuos establecen relaciones sociales que organizan estructuras sociales de primer grado para constituir sistemas basados en una similitud de fondo y en la existencia de desemejanzas funcionales, pudiendo ser las relaciones interhumanas físicas o mentales (?), libres o forzadas, interesadas o gratuitas, acompañadas de simpatía o antipatía. Varias relaciones centradas en un fin común adquieren la calidad de estructura sinérgica con una razón de ser o idea directriz, con sus medios de realización y sus actividades ejercidas según direcciones prefijadas. Las sinergias son, por su parte, realidades activas, individualizadas, perceptibles por sus efectos y existentes al través del pensamiento y la acción de los cooperantes con una realidad transpersonal.

Todo grupo se manifiesta como una sinergia interna de la comunidad, cuya razón de ser precisa líneas de fuerza, le estructura y le estabiliza, pudiendo clasificarse los grupos según sus fines, perceptibilidad, importancia numérica, principio cohesivo, estructura duración, técnica usada, espíritu que le anima. Dentro de tales grupos, la masa presenta cierta cohesión física y unanimidad resultado de la emoción común así como una apariencia de participación en una sola alma con desvanecimiento de la individualidad; la familia representa un conjunto de individuos unidos por parentesco real, fictio o místico y que en

cuanto basado sobre el matrimonio da ocasión para señalar las formas de este (mediante raptó, secuestro, compra, cambio, etc.), su estructura (poliándrica, poligínica) las reglas que lo rigen (endogamia, exogamia) y las formas de ruptura; de paso, Haesaert anota que el adulterio, condenado en la sociedad occidental puede y es permitido y estimulado en sociedades diferentes según ocurre en Angola en donde se considera falta de atención a la esposa que no tiene amantes.

Aún en el marco estructural de la comunidad, Haesaert hace un estudio: de los clanes ligados por descendencia mística de un antepasado común y en cuyo interior no se cobra el precio de la sangre sino se expulsa al culpable; de las diferencias sociales nacidas de diferencias físicas, psicológicas, laborales o bélicas que producen la segregación en grupos de edad, de especialidad o en sociedades secretas; de los órdenes o grupos institucionales determinados por el papel que juegan en la comunidad, relacionadas jerárquicamente y organizadas internamente en forma jerárquica; de las castas como órdenes cerradas, de las clases sociales.

Las clases sociales para Haesaert marcan contrastes de formas de vida, carecen de organización interna y se determina la pertenencia a ellas en último análisis por los recursos siendo la profesión un índice secundario (puesto que la elección de oficio o profesión depende de factores económicos) así como también lo son el prestigio, el estilo de vida y el poder (que también tienen determinantes económicas directas o indirectas según el autor). En su estudio de las clases señala las relaciones que se establecen entre ellas y la forma en que "mientras los ricos se hacen servir, la clase media sirve y se hace servir y la proletaria sirve" (es de notar la dife-

rencia de niveles denominativos de las clases).

En relación con las clases, pero independientemente de ellas, el autor estudia las profesiones como "actividades de los individuos y conjunto de sus prácticas, necesitadas de consagración social y de práctica habitual", señalando en seguida su función fijadora de la posición individual en la sinergia comunitaria, la interdependencia que determina y el medio de integración que representa en cuanto semejanza de intereses, preocupaciones, hábitos y lenguaje. El factor relacional de las profesiones con otros sectores de la vida social se subraya en cuanto se indica que "la herencia de la profesión" aglomera en torno, redes de relaciones sociales duraderas.

La estructuración política permite señalar la forma en que la comunidad se organiza para perseguir fines colectivos mediante una dirección que conciba y decida (el gobierno), un aparato técnico de ejecución (la administración) y una masa de gobernados, indicándose entre los múltiples orígenes del poder un gobierno difuso que encabezará más tarde un guerrero, un mago o un sabio y que se desarrollará hasta la estructuración de partidos organizados sobre símiles militares, dotados de estados mayores, cuadros, estrategia y una ideología formada de antítesis.

La porción del trabajo de Haesaert consagrado a la dinámica social pretende poner de manifiesto —dentro de la tesitura seguida también respecto de la estática— el trabajo de las fuerzas de las que resulta la vida comunitaria, concebidas como esfuerzos y resistencias en cuya base se encuentran los determinismos a los que obedece la vida humana. De tal estudio, desprende como conclusión el autor la existencia de regularidades que no son sino aproximadas y que carecen de permanencia, con lo cual es

posible la coexistencia y colaboración entre sociología e historia. El análisis ordenado del esfuerzo individual y su socialización así como de las resistencias biológica, económica y geográfica (que comprenden la densidad de población el ritmo de actividad-reposo, la existencia de generaciones, la diferencia de sexos, de razas, de situación económica individual y colectiva, de ritmo estacional, de localización y distancia) hacen desembocar el examen dinámico de la comunidad en un capítulo en el que se enfrenta el problema del determinismo y la libertad en la acción social. En ese capítulo de desembocadura, Haesaert señala que "la voluntad socializada es el alma de la sinergia a la que no conduce por completo; la obra que realiza traiciona siempre el plan que ha concebido; su acción es continuamente detenida, obstruída, desviada o falseada por presiones externas de las que unas son irresistibles, otras remediabiles y otras finalmente, de un tipo que permite rodeos y acomodos; de ahí que el esfuerzo triunfe de la resistencia pero no sin salir maltrecho".

El apartado que Haesaert consagra a la "mecánica social" se refiere al conjunto de procedimientos de elaboración social, prácticas de funcionamiento y uso de instrumentos, o sea, a un conjunto de prácticas instrumentales como el lenguaje y su reflejo en la escritura así como su uso en la publicidad, y al lado de tales manifestaciones, a los medios de transporte, o a manifestaciones funcionales como la movilidad (espacial interna y externa, social horizontal y vertical ya individual o grupal), el proceso de centralización (del que estudia condiciones grados modos ritmos y efectos), el proceso de concurrencia, y las normas sociales (cuya naturaleza dinámica pone de relieve, señalando asimismo las relaciones entre los diferentes tipos de normas).

El estudio, final, de la "disergia social" lo considera subdividido en dos apartados menores: el correspondiente a las subversiones sociales (calamidades sociales como catástrofes, epidemias y guerras) y el referido a las fallas sociales (de origen individual, como el vagabundismo, el desempleo, la miseria, la prostitución y la delincuencia, y de origen colectivo entre las que comprende la existencia de colectividades asociales o antisociales). Del material examinado, es el de este capítulo el que nos ha parecido menos satisfactorio, más necesitado de atenta consideración o re-consideración.

El libro, en su conjunto, cumple con una tarea de mostramiento muy amplio de temas que o son adjudicables en sentido estricto al dominio sociológico o le son conexos; recogen asimismo sus páginas una riqueza no despreciable de materiales ilustrativos y ponen al estudioso en contacto con una bibliografía que siempre será útil de conocer.

RECASENS SICHES, LUIS:
Tratado General de Sociología.
Editorial Porrúa, S. A., México,
1956.

Es siempre de gustar la prosa —condimentada a la alta escuela— de Luis Recaséns Siches; siempre resulta de admirar lo múltiple de sus directrices vocacionales proyectadas hacia el campo de lo filosófico, de lo jurídico, de lo social; merece siempre aprecio lo variado de sus fuentes de información; es siempre factor ponderal en todo lo suyo un magisterio brillante que, suscitando admiración en los discípulos les tienta en cuanto potenciales imitadores. De ahí el significado pedagógico de este *Tratado* suyo que reconoce como antecedentes unas *Lecciones* cuyas tam-